

Relatos Compartidos: Docencia, virtualidad y pandemia



INSTITUTO SUPERIOR OCTUBRE

RELATOS COMPARTIDOS: DOCENCIA, VIRTUALIDAD Y PANDEMIA

Instituto Superior Octubre

Venezuela 356 – www.iso.edu.ar

Rector

Leandro Vecino

Directoras de Estudios

Marta Tenuta

Agustina Gallino

Soledad Arriagada

Coordinadora Pedagógica

Shirly Zelcer

Compilación y coordinación del proceso de escritura

Shirly Zelcer

Índice

Prólogo	3
Introducción	5
Episodios incompletos	8
La teoría de la relatividad	11
Viajeros del tiempo	14
Sin wifi no hay paraíso	17
¡Hola! ¿Están ahí?... ¡¡¡SOCORRO!!!	20
Lo que fue, lo que es, y lo que quizás sea	24
Clases con auriculares	27
Tormenta de ideas	31
Inventamos o erramos (recobrando sentido en el 2020)	33
Reinventándonos en tiempos de COVID-19	36
Cronología de un año transformador	38
¿Del caos al orden? <i>Relatos de una docente al borde de un ataque de nervios</i>	41
El desafío de una cursada en pandemia	45
Tiempo de casete	47
Llegando al final... De tramas y relatos	49

Prólogo

El Instituto Superior Octubre (ISO) comenzó a funcionar en el año 2002 por iniciativa de la Fundación Octubre del Sindicato Único de Trabajadores de Edificio y de Renta Horizontal (SUTERH) con un objetivo claro: promover el ejercicio del derecho a la educación en el nivel superior para las trabajadoras, para los trabajadores, y para sus familias, tanto del SUTERH como de la comunidad en general. En la actualidad, la propuesta educativa del Instituto está conformada por cuatro tecnicaturas superiores agrupadas en dos áreas:

- 1- Área de Innovación y Trabajo, que comprende la Tecnicatura Superior en Seguridad e Higiene, y la Tecnicatura Superior en Automatización y Robótica;
- 2- Área de Salud, que comprende la Tecnicatura Superior en Enfermería y la Tecnicatura Superior en Radiología.

Hoy, diciembre de 2020, el Instituto tiene un Rector que vengo a ser yo, Leandro Vecino, que asumí el cargo hace exactamente un año. Antes, había trabajado poco más de una década como Profesor de Castellano, Literatura y Latín, y un tiempo como Director de Estudios en el ISO, donde ratifiqué una certeza a la que había llegado mientras repartía gran parte de mi vida entre aulas, salas de docentes y reuniones de personal: me interesa, me convoca y me apasiona la gestión de instituciones educativas, y para eso me estaba formando y preparando.

Recuerdo la conversación que tuve con la Supervisora del Instituto en cuanto asumí: “una buena gestión es la que se anticipa a los problemas, la que trabaja hoy sobre lo que va a pasar en seis meses”, me dijo. Y así fue que, entre otras cosas, anoté en un largo listado con cuestiones a abordar durante 2020 un ítem que se preguntaba “¿campus virtual?” como algo a pensar y, tal vez, a desarrollar a lo largo de todo el año para que en 2021 pudiera estar la opción de complementar algún contenido de alguna materia por esa vía. Tres meses después de confeccionada esa lista, de anotada esa pregunta en un lugar que claramente no era prioritario ni urgente, eso que podía estar proyectado como un complemento experimental para ser aplicado dos ciclos lectivos después, se convertiría en la herramienta que posibilitó el desarrollo de las cursadas de los 280 espacios curriculares correspondientes a las cuatro tecnicaturas. El virus pateó el tablero donde estaban todas las anticipaciones, todas las planificaciones, todas las proyecciones, todas las prioridades, todos los escenarios que parecían imaginables. El campo de lo

posible pareció perder cualquier límite y entonces hubo que juntar las fichas, reacomodar el tablero y adaptarse a reglas y lógicas nuevas que en algunos casos se iban descubriendo y escribiendo mientras se desarrollaban las cursadas. Y así, un equipo que estaba en formación, con nuevo Rector, nueva Secretaría, incorporaciones en la Dirección de Estudios, en coordinaciones de carreras y en Bedelía, tuvo que atravesar el mayor cimbronazo en la historia del sistema educativo.

No hay registro de un año como este. Justamente por eso es que resulta tan importante relatar y registrar lo que pasó porque, si bien es cierto que no compartimos tiempo en el edificio de la calle Venezuela, también es cierto que desde marzo y entre toda la comunidad del ISO hemos compartido tiempos, historias, y desafíos que merecen ser contados. Vamos a necesitar cierta distancia de calendario para hacer lecturas más complejas y profundas, pero ya dejamos la escritura plasmada. Hemos construido un texto, un tejido (que en el fondo son lo mismo) formado y entrelazado a su vez por textos de gran valor, no sólo para quienes formamos parte del ISO, sino para toda persona que este año haya tenido que atravesar el tremendo desafío de ser parte de una institución educativa en pandemia y que seguramente podrá sentirse parte de estos relatos compartidos en esas sensaciones, dudas, angustias y aprendizajes que leerán.

Antes de dar comienzo a los relatos, es importante reconocer el trabajo y compromiso de quienes de una u otra manera hicieron posible este texto: Shirly Zelcer en tanto autora de la iniciativa, de la compilación y de la coordinación; las Directoras de Estudios -Marta Tenuta, Agustina Gallino y Soledad Arriagada- a las que basta leer para dimensionar su valía y su rol clave; quienes coordinan las carreras -Estela Vázquez, Adriana Crispi, Germán Díaz Pérez y Gabriel Palermo- que han estado en todo momento para resolver una y otra situación; al plantel docente en su totalidad; al colectivo de estudiantes. Y especialmente a quienes trabajan tras bambalinas y suelen no salir en las fotos aunque desempeñen una labor imprescindible, porque es de sentido común que no hay educación sin docentes y estudiantes, pero también es necesario visibilizar que no hay institución educativa sin equipo administrativo de modo que, por propiedad transitiva, este libro tampoco hubiese sido posible sin el trabajo de Maximiliano Castro González y Patricia Peña Russell en Secretaría; y sin el trabajo de Gladys Juárez, Laura D'Emilio y Julieta Pérez en Bedelía.

Leandro Vecino

Introducción

De nostalgias, de cuerpos ¿ausentes? ¿presentes?, de encuentros y desencuentros, el pizarrón, la pantalla, el caos, los aprendizajes mutuos, la multiplicidad de herramientas, lo simple, la incertidumbre, los prejuicios, el miedo, la palabra, las sonrisas, la pantalla negra, los ruidos, los silencios, la espera, los tiempos sin tiempo, las distancias que separan, que conectan, que recuerdan...

Un día ocurrió lo impensado: la formación se mudó de las aulas a las casas, del pizarrón y los gabinetes a las pantallas. Sin previo aviso y con el camión de mudanza sin rumbo, nos vimos inmersos en la aventura de continuar enseñando a través de la virtualidad y, por si fuera poco, atravesados por una pandemia mundial que movilizó todo aquello que creíamos dado.

Fue un inicio alborotado, confuso, pero de plena acción. Las preguntas fueron llegando después.

En un tiempo sin precedente creamos y diseñamos nuestro propio Campus Virtual, que claro no teníamos (habrá sido por eso que el camión de mudanza tardaba en llegar). Una vez que la Plataforma cobró vida, le asignamos una página a cada docente, a cada espacio curricular y les pedimos que construyan allí su propuesta de enseñanza. Planificamos encuentros de capacitación, acompañamiento, catarsis, incertidumbre. Nos comunicamos con las y los docentes a todas las horas, atravesados por distintos estados de ánimo, pero siempre con el objetivo puesto en la acción, en hacer que algo pase.

Hubo docentes que se sintieron como extranjeros, ingresando a un espacio desconocido, viéndose obligados a aprender nuevos lenguajes, a derribar mitos y temores con relación a la tecnología. También hubo docentes que, en otros espacios profesionales o de formación, ya habían hecho algunas excursiones en esos terrenos, como estudiantes o docentes en educación a distancia. La diversidad, como siempre, se hace presente en el mundo educativo. Adonde miremos, en el contexto que sea, la complejidad y diversidad resultan inherentes a la práctica de enseñanza.

Y en un momento las preguntas empezaron a llegar: *¿Qué vamos a enseñar? ¿Lo mismo que si estuviésemos en el aula solo que a través de una pantalla? ¿Es eso posible? ¿Están dadas las condiciones para aprender? ¿Están la mente, el cuerpo y las emociones en condiciones de aprender? Porque claro, nunca hablamos de las emociones y el cuerpo como necesarios para construir buenos aprendizajes. ¿Qué*

queremos que aprendan las y los estudiantes en estos tiempos? ¿Nos estamos haciendo estas preguntas cuando intentamos (porque la intencionalidad es parte constitutiva del acto de enseñar y no la perdemos) diseñar una clase virtual? ¿Con quién vive ese otro que mira en su pantalla la propuesta que su docente (cansado, sobredemandado, inexperto) preparó? ¿Quiénes participan de la relación pedagógica en tiempos de aislamiento?

Esta virtualidad forzada nos invitó, nos convocó continuamente a hacernos preguntas, estas, otras, muchas otras, algunas más superficiales o instrumentales acerca de los usos de la tecnología, pero muchas otras profundas, que movilizan los supuestos que muchas y muchos docentes han construido a lo largo de su experiencia, acerca de la enseñanza, los aprendizajes y la evaluación.

La formación se corporizó en otros espacios que, si bien también llamamos “aula” virtual, no es aquella imagen que tenemos en mente cuando nos imaginamos una clase. ¿Se puede seguir trabajando en grupo?, ¿a dónde miran o dónde están las y los estudiantes que no prenden sus cámaras?, ¿qué hacemos con los ruidos?, ¿nos silenciamos? ¿planificamos la participación? Nos habían cambiado el escenario, pero ¿las reglas y bases de la formación también? Por un momento nos hicieron creer que sí.

En muchos casos las dificultades y condiciones tecnológicas condujeron a una profundización de la palabra del docente por sobre la actividad de las y los estudiantes. Entonces, desde mi rol como coordinadora pedagógica (y también de docente en otros espacios) me obsesioné por buscar la forma de recuperar la participación, la pregunta, la práctica. ¿Cómo hacer para superar la tentación de que un botón tape las voces? ¿Cómo recuperamos la práctica en la virtualidad? Actividad y aprendizaje son términos indisociables, sostengo con obstinación, como muchas teorías y enfoques lo hacen hace tanto tiempo. Pero claro, no es solo la propuesta que, con esfuerzo, compromiso e innovación, podamos diseñar: están las y los estudiantes, sus situaciones particulares, las familias, los trabajos, el acceso a los recursos, los tiempos que se transformaron, el contexto incierto, atemorizante, los celulares, las notebooks, netbooks, computadoras de escritorio, la conectividad. Y, como dice Meirieu (2000)¹, en este proceso, solo queda transitar entre la obstinación didáctica, que nos conduce a diseñar los mejores dispositivos para que el aprendizaje pueda tener lugar y la tolerancia pedagógica, que

¹Meirieu, P (2000) Enseigner: le devoir de transmettre et les moyens d'apprendre, Quaerni dell'Istituto, n°8, Università della Svizzera Italiana, Istituto Comunicazione e Formazione, Lugano.

nos permite aceptar que la persona del otro lado no se reduce a lo que el docente haya podido programar.

Y así, entre la búsqueda rigurosa por encontrar las mejores estrategias para acompañar al equipo docente, sin invadir su espacio, sin agregar demasiadas tareas, demandas, fuimos de a poco encontrando el equilibrio. Un balance justo, situado, responsable, entre el compromiso por sostener la propuesta de formación y el deseo de que cada estudiante pueda sostener su formación profesional.

Si me detengo a pensar en todo lo que fue, lo que no fue, los tiempos que perdimos y que ganamos, me doy cuenta de que todo en este tiempo fue confuso, apurado, desordenado, pero también comprometido, amoroso, innovador, colaborativo.

De todo esto nos hablan los relatos que leerán a continuación. Historias de docentes que han atravesado un sinfín de emociones, que han puesto en duda y a su vez fortalecido su práctica, que han aprendido junto a sus estudiantes al mismo tiempo que añoraban recuperar ese espacio que, para quienes tenemos el placer de ejercer la docencia, es insustituible.

Y son muchas las preguntas, las sensaciones que nos quedan, que siguen resonando luego de un año de virtualidad repentina, como las vibraciones de un tambor que ya dejó de sonar. Pero lo que sí puedo afirmar es el deseo de que lo vivido haya tenido un efecto transformador de las prácticas, de la mirada acerca de la formación profesional, acerca de lo que implica el aprendizaje, la enseñanza, la evaluación. Deseo que se renueve entre nostalgias que no nos abandonan, incertidumbres que se fortalecen, preguntas que nos mantienen alerta y desafíos que sostenemos, actualizamos y planificamos. Porque claro, qué sería de la formación sin desafíos que la motoricen y enriquezcan.

Que disfruten de la lectura.

Shirly Zelcer

Episodios incompletos

Autora: Marta Tenuta

Directora de estudios

Episodio 1

Sonido de notificación en el celular, una, luego otra, se iban sumando como tímidamente. Tres, cuatro, ocho, diez y al rato eran tantas que parecía un *continuum*. Perdieron la timidez. Llovían consultas: “¿cómo entro al Campus?”; “¿el profesor de Biología subió un nuevo trabajo?”; “-yo no lo veo”, “¿dónde está?”; “Che, no entiendo un corno el ejercicio 2 del taller de Matemática”, “¿quién me ayuda?”; “-ya te lo paso”; “¿tengo que presentar la constancia de título en trámite? ¿a quién se la mando?”; “yo no recibí la nota, ¿a ustedes les llegó?”.

Paulatinamente comencé a responder los whatsapp. No tenían horario, eran impertinentes, a las 23.00, a las 2 de la mañana o a las 6.40, pero era evidente que estaban con compromiso, empeñamiento para salir adelante a pesar de la pandemia, a pesar de todos los contratiempos de internet, de señal, de los cambios de horarios de trabajo o diré, “me quedé sin trabajo”, o “necesito más tiempo porque tengo covid”.

Se estaba dando un nuevo aprendizaje, no me refiero al de estudiantes, sino que era imprescindible que nuestra mirada se enfocara desde otro lugar. ¿Cuál? ¿Cómo definir lo que nunca habíamos experimentado?

Pienso en una tela de araña: había que tejer nuevos lazos entre docentes, entre docentes y estudiantes, entre estudiantes y estudiantes, entre docentes y directivos, entre estudiantes e institución (hoy, un espacio virtual). Voces ausentes, espacios vacíos que eran imprescindibles recrear.

La charla de pasillo “Hola, mañana te mando el programa”, “Profe, puedo presentar el trabajo la próxima clase, porque resulta que...”, “Maxi, no encuentro ...”, “Pato, ¿me ayudás a revisar...?”, todo eso había desaparecido y para comunicarnos -paradójicamente- escribimos varios mails, whatsapp y mensajitos de audio, muchos de cada uno. Todos estos medios para decir simplemente “mañana te lo entrego”. Pero los lazos había que establecerlos. Al Campus Virtual, se sumaron docentes de segundo y tercer año que armaron grupos de whatsapp en distintas asignaturas, y las directoras de estudios, que armamos otros grupos con estudiantes de primer año. Y así se fue

armando el tejido: estudiantes de primer año comenzaron a conocerse, intercambiaron datos, se consultaron sobre trabajos prácticos, etc. y formaron grupo.

Episodio 2

Organización de mesas de exámenes de julio/agosto, una delicia inexplicable para rectoría, secretaría, bedelía, docentes y estudiantes. Inexplicables las directivas y resoluciones, pero esto serían episodios, capítulos, tomos apartes.

Los gatos fueron protagonistas de muchos encuentros virtuales. Me pregunto qué fascinación tendrá caminar por encima de los teclados. Suena el timbre, una estudiante muy nerviosa, dice “*ay, perdón tengo que pagar el alquiler*”. Suena el timbre, “*me llegó el pedido del supermercado, tengo que bajar*”; “*me tienen que esperar acá, se va la señal*”, entonces la estudiante rindió el final bajo la lluvia con paraguas en medio del jardín de su casa y desaprobó. Angustiante.

Requisitos para rendir el examen: cámara, micrófono, y presentar el DNI. Un estudiante dice “*lo tengo en la billetera, lo voy a buscar*”, se levanta, abre una puerta y como en voz baja (pero igual se oye), “*fijate en la billetera, en el placard*”, vuelve se sienta, y retoma el tema, unos segundos después se abre la puerta y su pareja le dice “*no está*”, “*perdón, ya vengo*”, aparece sin el documento y retoma el tema, avanza en su exposición y se abre otra vez la puerta, aparece un brazo extendido con la billetera.

Fue una sensación rara, me sentí en cada mesa de examen como ingresando a un lugar privado que no me correspondía. Una intromisión. Era lo público y lo privado entremezclado, entrelazado en una situación impensada que una pandemia nos impuso.

Episodio 3

Lo no dicho, lo no deseable. Comienza el segundo cuatrimestre y estudiantes -pocos- manifiestan que no pudieron rendir el final o no pueden entregar trabajos o no pueden porque tienen Covid. Son escasas las manifestaciones, nadie quiere decir. Los docentes tampoco hablan. Amigos tampoco expresan, es lo innombrable. Es la enfermedad del otro que no tengo y me aílo, me encierro, me *ASPEO* social, preventiva y obligatoriamente para desbaratar la muerte.

Episodio 4

No puedo escribir sobre lo desconocido pero el sentimiento es como vivir distopías que no quiero que me pertenezcan. Espero la vacuna y el hartazgo de los laboratorios no me va a dominar.

Episodio 5

Seguimos adelante, siempre. Estamos proyectando diciembre, estamos proyectando el 2021 y deseamos cancelar, obliterar, suprimir cualquier incertidumbre. Hay tantas. Las dejamos de lado y pensamos que vamos a seguir tejiendo. Las telas de arañas son sumamente fuertes y todos los lazos se van uniendo y se consolidan y prefiero pensar en esta fortaleza. Siempre.

La teoría de la relatividad

Autor: German Díaz Pérez

Coordinador y docente de la Carrera: Tecnicatura Superior en Seguridad e Higiene en el Trabajo

Espacios curriculares a cargo durante el 2020: Seminario Profesional

Corría el año 1905 y el físico alemán Albert Einstein traía el concepto de la relatividad especial. La misma nos decía básicamente que el tiempo es relativo y que incluso las longitudes pueden contraerse de acuerdo a variables como la velocidad. Obviamente mi intención no es aburrir con estos conceptos de la física, pero es seguro que me permiten entender que ahora, en el año 2020, el desafío docente entró en un entramado que bien se puede compatibilizar con aquello que revolucionaba nuestra manera de ver el mundo a principios del siglo XX.

Parece una locura y, tal vez lo sea, pero quienes ejercemos esta maravillosa actividad de transmisión de conocimientos, la docencia, necesitamos que las enormes distancias entre nuestros hogares y los de cada integrante del alumnado se vean comprimidas. Que el recorrido entre mi casa en el barrio de Parque Chacabuco y un hogar en Balvanera, en Glew o en San Justo, sea la que existe con el alumno y la alumna dentro de un aula. Que esos 5, 10 o 35 kilómetros sean no más de 8 o 9 metros. Pero, por supuesto, eso no es todo. Necesitábamos que el tiempo se relativice más que nunca y, aun descubriendo que todo lleva el doble o triple en cuanto a esa demanda, era obligación engañar al Dios Cronos. Claro que la tarea parecía titánica, al menos cuando proyectaba los cálculos de lo que sería el primer cuatrimestre, cual físico alemán, allá por marzo de este tan particular 2020.

Pero a diferencia de lo que pasa en nuestro espacio, no contaba con objetos masivos para curvar el espacio y el tiempo, tampoco podía moverme a velocidades extraordinariamente grandes para alterar esas variables y, tal vez lo más importante, reducir las distancias en kilómetros no dependía sólo de mí mientras un cuerpo en reposo observaba, sino que necesitaba que mis estudiantes hagan también su pase de magia para que esto funcione.

Fue ahí que comencé a alejarme de Einstein, de Lorentz, de Minkowski, científicos de los que poco sabía, como qué marca de café tomaban, qué hobbies tenían, cómo

estaban compuestas sus familias y de los que, a duras penas, podía pronunciar correctamente el apellido. También fue ahí cuando descubrí que, durante este año de barbijos y soluciones de alcohol diluido, entender qué les pasaba a mis estudiantes, comprender sus necesidades, sus problemáticas y sus limitaciones, era casi tan importante como explicar el procedimiento por el cual podemos realizar una medición de iluminación, de ruido o un estudio ergonómico en nuestra Tecnicatura de Seguridad e Higiene en el Trabajo.

Fue un recorrido de descubrimiento, haciendo camino al andar y no tan sencillo. No faltaron los intentos de las técnicas habituales que acompañaban mi metodología presencial. Pero el choque con los contrastes de la realidad me indicaba que la hoja de ruta debía alterarse un poco.

Siempre identifico un momento crítico durante el desarrollo del cuatrimestre, en el que es necesaria aquella charla enojada de entrenador de fútbol en el entretiempo de un partido esquivo. Un poco buscando reacciones, y otro tanto aprovechando los errores, de consignas no cumplidas o puntos de una investigación que se alejaban de las hipótesis planteadas, como oportunidades de aprendizaje. Y me di cuenta de que este año de distancias físicas, era, como nunca, un año de cercanías. Aquellas con las que se puede entender por qué estudiantes de mi materia no realizaban los avances de un trabajo práctico, o no entendían la explicación de un tema y que, por ende, resultaron ser el mecanismo de GPS utilizado para reorientar la hoja de ruta inicial.

En ese contexto la tecnología fue aliada y enemiga. Pero las distorsiones laborales que generó la pandemia y algunos golpes del virus fueron enemigos de cualquier programación posible. Cuando hablo del virus pienso en todo lo que hemos aprendido en tan poco tiempo, y al mismo tiempo en todo lo que nos sigue encontrando con la guardia baja. En ese sentido fue curioso ver, cómo en mi materia, Seminario Profesional, tuve ejemplos para encontrar que lo que nos separaba- hablando de virus y distancias- pudo acercarnos. Y hablo en sentido literal, ya que hubo grupos de estudiantes que eligieron la temática del Covid-19 para realizar sus trabajos de investigación, oportunidad que permite, por otra parte, una carrera y profesión como la nuestra.

Traté de abrir el mosaico y comenzar a usar no sólo la profesión y su campo curricular, sino también a la ambivalente tecnología como aliada. El cuerpo docente comenzó a familiarizarse con términos como *videoconferencia*, *chats*, etc. El Instituto

había creado una plataforma rebotante de herramientas, pero descubrimos que complementarlas con estos términos que, en rigor de verdad, ya existían, nos permitía tironear de ese espacio-tiempo post newtoniano para acercar estudiantes y docentes.

La experiencia fue maravillosa, debo decirlo. Porque creo que terminó de moldear en mi cabeza mucho de lo que ya venía rondando. Es imposible hoy no valorar lo que teníamos en un año corriente y convencional. Esos ocho o nueve metros, la cercanía física irremplazable. Pero la vida sin problemas es un rompecabezas ya resuelto. Pierde su razón de ser y su fundamento. El desafío de este año nos enseñó a ser pragmáticos, adaptables, creativos y pacientes. La experiencia fue maravillosa, entiendo que más por los lazos y canales que supimos construir en tiempo récord, que por aquella charla de entrenador de fútbol enojado en el momento bisagra. Los trabajos prácticos que integraban el contenido de mi materia y que recibí, cumplieron largamente las proyecciones de aquel mes de marzo.

Y fue así como pudimos comprimir el espacio-tiempo, no cómo pronosticó Albert Einstein a principios del siglo pasado, por supuesto que no. Los objetos súper masivos y la velocidad de la luz pasaron a ser los mensajes de celular, las videoconferencias, los recursos de un campus, la sensación de cercanía mutua. Pero para ser justos con el revolucionario físico alemán, hubo una frase que se le atribuye y que se cumplió con exactitud de relojería suiza, aquella que dice que *“hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor, la electricidad y la energía atómica: la voluntad”*.

Viajeros del tiempo

Autor: Roberto Saavedra

Docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Enfermería

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Proceso de Atención del Adulto y Anciano, Profesor Instructor Práctica Profesionalizante 4.

Sin lugar a duda, la pedagogía tiene, a mi entender, siluetas de cercanía más que de lejanía. Aquellos que anhelamos cautivar, seducir las mentes de nuestros alumnos, supusimos arbitrariamente por varios años, que dicha relación pedagógica sería conveniente cimentarla desde nuestra vereda, siendo improcedentes las lejanas tierras del vecino. Y con una mente sesgada, argumenté nuestra labor en un radio de acción no más extenso que un brazo extendido, a fin de que nuestras armas didácticas apabullen esas mentes resistentes, perforando sus conceptos más recónditos desde un susurro meloso, más que con el grito ensordecedor e incómodo, llenándolos de miradas escrutadoras que propondrían inquietudes e interrogantes. En fin, todo un arte milenario, con el noble y benemérito propósito que es educar, a fin de conseguir la tan mentada misión de que nuestros estudiantes aprendan, pero convencido de que la modalidad debería ser la sofocante y pegajosa presencialidad, bien apretada, no tan dispersa.

Pero así como Romeo tuvo desafíos que entrecortaron su romance con Julieta, y el Quijote, sus enemigos psicóticos y circundantes, que desalentaron en más de una oportunidad la amorosa relación con Dulcinea, encuentro poético expresar así la situación desafiante y trágica que he vivido durante esta pandemia como docente, en mi afán por cumplir con mi honorable labor, pero desde la virtualidad, luego de que se decretara la suspensión de las clases presenciales a partir de la situación sanitaria. Lo que concebí desde antaño como exitosa, a saber, una relación tutora y cercana, tal como pregonó Rousseau con el Emilio, que, a mi juicio, enderezaba los tallos más endebles y jóvenes, ahora, con el distanciamiento social y obligatorio y sin clases presenciales, no podría lograrse.

Y aunque me resistí, tuve que cambiar mis mejores trajes y endemoniadas fragancias, la cartuchera explotada de fibrones y mi puro y casto pizarrón, por -en principio-, un paupérrimo dispositivo móvil que me conectaba con el mundo y luego,

con una notebook que adquirí de un mercader embustero, que utilizó toda su astucia para vendérmela por unas cuantas monedas de oro, aprovechando la avidez del sistema que imponía este artículo como el máspreciado. Y -tal como en la presencialidad- me sentí en más de una oportunidad como El Cid Campeador subido a su brioso corcel, ahora sentía desfallecer al ver mi rostro deformado en una fría y negra pantalla, afeado por una vincha multicolor para amplificar el sonido, exponiendo con vileza que mi castillo del siglo XV no era más que un apartamento de paredes humedecidas y desvencijadas por los años, y que mi ladero rampante no era más que una gata entrada en años que reclamaba su comida, inoportunamente, en cada sesión cibernética.

Ante semejante catástrofe, mi mente no dejó de pergeñar situaciones análogas, tales como: ¿será posible cocinar pan sin harina?, ¿es factible armar un rompecabezas sin sus piezas?, ¿cómo hacer la película “Cantando bajo la lluvia” sin Gene Kelly?, ¿cómo llegar a la luna por vez primera sin Armstrong y Collins?, ¿cómo nadar sin agua o remontar un barrilete sin cielo?... tuve que desconectarme para no seguir argumentando en contra de esta nueva epopeya tecnológica. Y por si esto fuera poco, sus mentores comenzaron a pregonar las bondades de esta nueva era educativa, declarando cual predicador televisivo, que el paraíso estaba a la vuelta de la esquina y que viviríamos la presencia del señor envuelto en una nube...pero nada me conformaba.

Me formé como profesor para estar al lado de los alumnos, sacrílegamente estaba convencido que mi mano en el hombro de un estudiante acongojado era más poderosa que el dedo de Dios, que mis palabras se proyectaban con la fuerza de un rayo dentro de la esfera áulica, presenciando las caras de asombro por el descubrimiento de nuevos conceptos, y que solo sus risas lograban derribar cuanto ego se había machacado por la soledad y la impersonalidad de las clases por zoom.

Consulté a cuanto mago y pronosticador de tiempo encontré, compré de los alquimistas cuanta pócima tuvieran para enfrentar estoicamente este dilema mundial, ya que mis colegas, debido a la pandemia, compartían parecidas incertidumbres y miedos. La cuestión imperiosa era: ¿cómo mantener una relación alumno-docente a distancia? ¿Cómo lograr buenos frutos con metodologías austeras en lo procedimental? ¿Una materia práctica se puede enseñar a través de internet?

Paradójicamente, grite: ¡Eureka!, al ver una vieja película del actor Roberto Benigni, donde argumentaba cierto relato paralelo y reconocer la didáctica necesaria para sortear semejante dramatismo. Persuadido que era menester cumplir estoicamente con mi rol

social, manteniendo la moral bien alta del alumnado, disimulando con la nueva aparatología, la tormentosa realidad, conteniéndolos detrás de ese tecnológico cortinado, brindando un cálido acompañamiento a través de esos apáticos megas, calmando la angustia de algunos, que enmudecían ante los ordenadores modernos, mintiendo piadosamente el fin del ostracismo.

Idílicamente hubiera convocado al mismísimo Miguel Strogoff para enviarles una palabra de aliento, pero comencé a utilizar las armas del mundo globalizado y habilité grupos de whatsapp, email, plataforma virtual, llamadas telefónicas, videoconferencias, todo ello a fin de que vivencien en sus mentes fatigadas la fantasía de transitar con sus pies descalzos las hermosas praderas de su querido instituto, y de que sus formadores, a pesar de los inconvenientes técnicos, podíamos, con la palabra transportada, materializarles el mismísimo mundo educativo, concebido para su aprendizaje. Y lo que era más desafiante aun, tal como les propuse a mis alumnos: realizar una práctica de actividades netamente técnicas, con una modalidad de instrucción directa, contextualizadas desde lo virtual, amparadas en herramientas tridimensionales. En otras palabras, “tocar lo intocable”.

Y es así como el caos de salud permitió develar nuevas herramientas, novedosas formas de vincularnos y habilidades, que yacían inertes por la complacencia. Hallé que solo era necesario tener una mente abierta a fin de admitir estas versiones mejoradas, copernicanas de enseñanza, que los nuevos gurúes pedagógicos del siglo XXI comentaban con esmero desde hace algunos años, pero que admito con total franqueza, haberme ensimismado con las bondades de la escuela tradicional. También reflexioné sobre el mundo, tal como lo concebimos, y que, a fin de sobrevivir a los nuevos retos, reformula sus instituciones formadoras, articulando a sus actores a merced de los tiempos que corren. Tal vez una foto digital, tomada durante esta época, ilustrará todas estas nuevas formas de conducirnos, de supervivencia, apareciendo, cual forajidos, con nuestros rostros tapados, nuestros cuerpos distantes, sin multitudes grandilocuentes que exijan demasiados píxeles. Y con mi mente agotada por tanto desahogo literario, quisiera concluir que tal vez hubiera sido menos gravoso, si no me hubiera detenido tanto en el tiempo.

Sin wifi no hay paraíso

Autor: Javier Moreno

Docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Seguridad e Higiene en el Trabajo

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Química, Química II, Medicina industrial, Física I, Física II, Toxicología industrial.

Cerca de terminar el año de la pandemia (¿el primero? ¿el único?) el cansancio está muy presente en el cuerpo y en las emociones. Siento una negación tangible al querer mirar atrás para pensar el 2020 y encontrarme a mí mismo como docente. Extraño la cercanía con los estudiantes y los colegas de profesión. Extraño el diálogo multitudinario de miradas en el aula, los comentarios encadenados de unos con otros, la simultaneidad de palabras que, aunque salgan al aire a la misma vez, cada una se corporiza en la conversación sin cancelar a las demás, la superficie reflectiva del pizarrón siempre a mano cuando una idea se pone huidiza. Extraño ver las caras de todos a la vez, leer los gestos de todos los cuerpos para construir una unidad de enseñanza. Pero lo que más extraño son las risas espontáneas, las ocurrencias al paso, el irse por las ramas, el empezar hablando de las poleas y terminar contando una experiencia que alguno tuvo en la obra.

Al comienzo quise pasar, como en un pestañeo, de la modalidad presencial a la modalidad a distancia. Fue muy estresante. Se trataba de convertir las clases de siempre a un nuevo formato, pero manteniendo el calendario, los contenidos, la profundidad y las actividades. Era titánico y frustrante. Tardé algo así como un mes y medio en reconocer que estábamos pasando por un periodo de adaptación. Pasábamos de un formato que nos resultaba conocido y cómodo a uno que nadie había pedido, uno que se imponía por supervivencia. Como tratando de ignorar que la vida estaba alterada, quería mantener las rutinas, pero la transferencia de formato demandaba tanto tiempo y tanta imaginación, que me resultaba imposible cumplir mis propias rutinas. A modo de tabla que me rescatara del naufragio que se avecinaba, acepté con resignación que no podía cumplir la consigna de una clase por semana. Mis expectativas se tuvieron que acomodar y busqué objetivos mínimos para las materias que estaba enseñando. Hubo recortes de contenidos, de ideas, de conceptos. Alguna que otra unidad pasó a una

materia correlativa, otras quedaron un tanto escuálidas, otras más se perdieron. Se trataba de aceptar lo posible.

A todes, docentes y estudiantes, nos empezaron a atravesar cuestiones tecnológicas, tanto por las habilidades que requiere el uso de las distintas plataformas a las que nos tuvimos que subir, como por los requerimientos físicos y de servicios. En pocos días las computadoras de escritorio quedaron casi inútiles si no contaban con cámara y micrófono. Las notebooks se hicieron insufriblemente lentas. Los celulares fueron un recurso indispensable para surfear la marea agitada en la que de pronto nos encontrábamos y, por supuesto, la dependencia imprescindible con el wifi: quien no tuviera conexión por wifi no podía trabajar o asistir a clases. Si la conexión no era estable, las sesiones de videoconferencia se transformaban en un *stop motion* involuntario acompañado de frases fragmentadas e inútiles. Algunos estudiantes tuvieron que postergar el avance en la carrera para cuando pasara la pandemia, porque sólo contaban con datos del celular para comunicarse (algo prohibitivo ante el flujo de información que demanda la educación a distancia). Algunos se refugiaron en la conexión de sus lugares de trabajo para poder asomarse a las clases. La colaboración entre todes se hizo inestimable, por ejemplo, para pasarse aquel archivo en pdf que unos no podían bajar del Campus, pero otros sí (por algún arte oscuro del ciberespacio). Las clases se grabaron e inundamos youtube de reuniones privadas, se generaron múltiples grupos de whatsapp y telegram para tratar de conseguir lo que la señal de wifi nos negaba. La brecha digital profetizada en los noventa se hacía palpable para todes.

En mi caso particular, los medios informáticos me resultan amables. Se trata de un modo de procesar la información que utilizo desde que recuerdo. La mezcla entre entender los parámetros que controlan una actividad, organizarla para que sea un instrumento de aprendizaje, recordar los errores frecuentes de les estudiantes, anticipar las preguntas posibles, generar un espacio que me resultara estéticamente grato y que casi cualquiera pudiera usar, era a un mismo tiempo placentero, desafiante y tensionante. Pero cada recurso para el que descubría una posible aplicación didáctica, tanto para la explicación como para la evaluación, me generaba una casi euforia que quería compartir con mis compañeros de trabajo. Ahí descubría que no era igual de grato para todes. Los grupos de chat se llenaron de comentarios de frustración porque se sumaban varios aprendizajes simultáneos: ¿cómo planificar una clase a distancia?, ¿cómo hacer para que les estudiantes se enteren y entiendan qué tenían que hacer?,

¿cómo se usa la plataforma?, ¿cómo comunicarse con los estudiantes sin que se transformara en una invasión de los espacios y del tiempo? En la medida de mis posibilidades y tratando de no aturdir a nadie con información nueva, fui guiando a los compañeros que pude y del modo que pude. Cada cosa que se resolvería fácilmente en la presencialidad señalando en una pantalla, se transformaba en un desafío de imaginación a la distancia.

Pero de a poco las ansiedades se fueron calmando. Un poco porque se asimilaban los recursos de las plataformas y otro poco por resignación. Hubo profesores que respondían mensajes a cualquier hora y por cualquier medio. Hubo otros que pusieron horarios y medios muy limitados para la comunicación. Hubo múltiples estrategias intermedias. Nos acompañamos entre todos. Docentes y estudiantes. Tratamos de contenernos y comprendernos. Apoyar a una estudiante que compartía su notebook con el marido y la hija. Dar algunas palabras refrescantes para un estudiante que se debatía entre las clases y el padre con COVID. Sugerir modos de organizarse a una veinteañera que recién estrenaba la maternidad. Organizar los encuentros sincrónicos de modo que pudiera asistir la mayor cantidad posible de estudiantes. Poner los archivos para estudiar en la plataforma, whatsapp, telegram y también por mail. Pasar pedidos de los estudiantes a otro profesor que no se conectaba lo suficiente porque tenía clientes que visitar.

El año fue pasando. La curva de casos está bajando. Las vacaciones se hacen sentir en el horizonte del calendario. Ahora surgen los deseos y las preguntas. ¿Servirán de algo los videos que grabé para las clases si volvemos a la presencialidad? ¿Podré soportar otro año así? ¿Acaso no prefiero esto que dar clases con el barbijo puesto? ¿Cambiará algo si erradicamos al virus o todo volverá a como era en 2019? ¿Serán idóneos los egresados de este sistema cuando vayan a trabajar?

Todas las preguntas se van a responder solas. Quien sea que lea este relato en los próximos años, lo estará leyendo con las respuestas a las preguntas que hoy me planteo. Por el momento son incertidumbres para mí, pero la vida no se puede vivir de otro modo.

¡Hola! ¿Están ahí?... ¡¡¡SOCORRO!!!

Autora: Karina Benitez

Docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Seguridad e Higiene en el Trabajo

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Seguridad II, Seguridad III, Ambiente de Trabajo I

Sin saberlo, aquella tarde calurosa de febrero en el bar de al lado, fue el último café en meses que compartiría con mis compañeros docentes. Fue la última mesa de examen presencial del 2020. Fue el último viaje en subte al Centro.

“Hemos tomado una decisión en el Gobierno Nacional que es dictar un Decreto de Necesidad y Urgencia. Por ese Decreto a toda la Argentina, a todos los argentinos, a todas las argentinas, a partir de las 0 hs. de mañana deberán someterse al aislamiento social, preventivo y obligatorio”, se lo escuchó decir al presidente de la Nación en la tele.

Creo que todo el país estaba frente al televisor esa noche. Pensé que sólo la llegada del hombre a la Luna sería comparable a tanta expectativa. El mundo entero estaba cambiando. Me sentí en “El día después de mañana” ¿Qué sucedería ahora en más? ¿Por cuánto tiempo debíamos estar aislados en nuestras casas? ¿Qué sucedería con las clases?

La cuarentena y el confinamiento comenzaban. ¡¡¡¡Hay que salir a comprar papel higiénico!!!! Bueno... no... no compré pilas de papel higiénico. Sólo alfajores. Muchos alfajores, de todo tipo... y polvos para preparar bizcochuelos (varios, por las dudas). ¡Que las cosas dulces no me falten! ¡Ah! Y orégano... el condimento principal de mis comidas.

¿Dónde habíamos quedado? Ah, sí... en que empezaba la cuarentena.

Tenía demasiadas preguntas sin respuestas, pero de a poco comenzaron a llegar algunas certezas. Desde el ISO (Instituto Superior Octubre) nos plantearon comenzar las clases virtuales lo antes posible. De hecho, sólo nos atrasamos una semana respecto al calendario académico. En esa semana se trabajó a destajo, se puso a punto la plataforma virtual, se unificaron criterios de trabajo, pusimos primera y arrancamos.

Una de las primeras cosas que tuvimos que preparar fue un video “a modo de presentación”. ¡Wow! Ese fue el inicio de nuestros caminos como *youtubers* improvisados. Bien, era hora de arremangarse. Nuestro alumnado nos estaba esperando

y teníamos que darles la bienvenida a esta cursada un tanto especial. Ellos seguramente también estaban tan o más expectantes que nosotros sobre el devenir.

“¡Holaaa, bienvenidos a Seguridad treeees!” No. Eso no me gustó. Lo dije como saludando a chiquis del jardín. Va de nuevo. “Hoooooaaaa, bienvenidos a Seguridad treeees!!!!”... uf! Exageradamente entusiasta... “Hola. Bienvenidos a seguridad tres.” No y ¡no! Muy formal. Grabé unas catorce veces la bienvenida. No era un buen comienzo, ¿no?

Fluyó cuando me di cuenta de algo que ustedes ya descubrieron rápidamente, pero que a mí me costó un poquitito más. No tenía que buscar LA perfección, tenía que ser espontánea, ser yo misma, igual a como soy en las clases en el aula. Recién después de ese razonamiento, todo fue un poco más fácil.

Superado finalmente el momento de “la bienvenida”, pasé a la parte más difícil: preparar las clases.

Además de docente, también soy estudiante, y estudiante ¡virtual! Sentí que esa condición debía darme cierta ventaja para entender cómo se sentirían mis alumnos frente a mis clases o qué esperarían de ellas. Quise hacer foco en aquello que resulta más difícil: evitar, en la medida de lo posible, que sean autodidactas. Mi función como docente es enseñar. Enseñar es explicar, transmitir conocimiento. Para mí eso no implicaba solamente dejar un archivo en pdf “para que lean”.

Probé varias estrategias, hasta me inscribí en un curso virtual sobre didáctica y cómo abordar las clases en esta nueva modalidad.

Otro desafío fue aprender a usar el Campus Virtual. Nos capacitaron para su uso, pero día a día surgían nuevas dudas que podíamos salvar gracias a la solidaridad de quienes ya habían usado la plataforma y “la tenían clara”.

En un principio probé tener clases sincrónicas unos días y hacer presentaciones en power point, con mi voz grabada sobre las diapositivas con la explicación. Luego descubrí que esta última opción traía algunas dificultades, como por ejemplo que, a las ocho de la noche, momento en el que me preparaba para las grabaciones, previo al aplauso a los médicos de las ocho y media, una vecina daba un “recital” en el balcón. Mientras que la vecina cantaba canciones de repertorios diversos, yo estaba en la cocina tratando de grabar las clases con canciones del tipo de Luis Miguel, alguna de Disney o Gilda (entre otros) de fondo. Si, ya sé, te reíste, pero te juro que yo tenía ganas de llorar. Sobre todo, porque no disponía de muchos momentos tranquilos para esto. Esta y otras

dificultades finalmente hicieron que optara por la mejor opción, según mi criterio: hacer clases sincrónicas. Simular, en la medida de lo posible, las clases en el aula. ¡Ojo! No crean que esto fue tarea fácil en cuanto a ruidos ambientes se refiere. Las clases del turno mañana siempre las daba con el “¡Cooooompro! ¡Cooooompro! ¡¡Calefones viejos, muebles, baterías, alacenas, garrafas, puertas COOOOMPRO!!”, que pasaba puntualmente todos los días a las 10:30 hs.

Conocí zoom. Plataforma completamente desconocida para mí, pero que me permitió emular al máximo eso de estar en el instituto, al ponerme de fondo de pantalla una foto de una de sus aulas. La iluminación de la foto hacía que el montaje fuera casi perfecto. A tal punto que muchas veces me preguntaron: “¿Usted está en el Instituto, Profe?”. Y creo que una de las cosas que más me costó asimilar fue eso de saber que hay personas del otro lado, pero al mismo tiempo hablarle a “una pantalla”. El pseudo diálogo: “Hola! ¿Están ahí? ¿Me escuchan?” se repitió incontables veces.

Tuve que aprender a convivir con los *delays* o con los carteles de “Su conexión a Internet es inestable”. A tener las clases en bloques de cuarenta minutos y volver a conectarse. Una posible solución a esto último hubiera sido usar otra plataforma: google meet, pero hasta hace muy poco no tenía la opción de personalizar los fondos (algo que es muy importante para mí, no sólo por poner la foto del aula, sino también por privacidad. No siempre tengo a disposición un fondo adecuado). Como dije, los espacios se comparten con la familia, entonces las clases las daba desde cualquier espacio disponible con buena luz.

Al terminar el primer cuatrimestre se cerraba el primer ciclo de este gran desafío. Y sentí que la tarea o que mis objetivos habían sido cumplidos. Sensación que se tornó tangible cuando me llegaron mensajes de varios alumnos agradeciéndome las clases. Pero lo que más me llamó la atención fue que me agradecieron por la contención. Y sí, creo que en todos los ámbitos (claramente las clases no habían sido la excepción) todos estábamos necesitando eso: contención, apoyo. La pandemia nos acercó más, aún en el aislamiento de nuestras casas.

La pandemia nos enfrentó a lo desconocido, nos sacó de nuestro lugar de confort y nos interpeló a dar un “golpe de timón” en otra dirección, hacia lugares nuevos, hacia lo incierto. Aprendimos que somos capaces de hacer hasta lo inimaginable, de sobreponernos a todo y salir airosos.

Pero todavía no terminó el año, en este momento estamos transitando el final del segundo cuatrimestre. Pero cuando terminó el primer cuatrimestre y todo había salido bien, sentí muchísimas ganas de festejar. Ese momento de éxito colectivo no podía pasar desapercibido. Seguro que cuando todo esto pase, lo haremos, y espero que sea a lo grande.

Mi cierre puede parecerse a un “autobombo”, pero si bien fue un mensaje que recibí por parte de un alumno el Día del Maestro (suelen darse estos saludos para el 11 de septiembre en lugar del Día del Profesor que es el 17 del mismo mes), sé que muchos profes recibieron mensajes similares y con el mismo reconocimiento... *“Feliz día Karina. Sos una profesional en todo sentido. Gracias por todo lo que me dejaste en cuanto a contenido, docencia, y sobre todo a nivel personal.”*. Listo, tarea cumplida.

Lo que fue, lo que es, y lo que quizás sea

Autora: Adriana Crispi

Coordinadora y docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Enfermería

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Condiciones y Medio Ambiente de Trabajo, Biología, Desarrollo Profesional, Anatomía, Deontología y Legislación, Gestión de Servicios de Enfermería.

“Frente a las enfermedades que genera la miseria, frente a la tristeza, la angustia y el infortunio social de los pueblos, los microbios, como causas de enfermedad, son unas pobres causas.”. Doctor Ramón Carrillo

Quizás muchos de nosotros no nos dábamos cuenta de lo monótona que era nuestra vida. Quizás muchos de nosotros no llegábamos a tomar conciencia de la normalidad en la que estábamos viviendo...porque no conocíamos la anormalidad... y ni siquiera la podíamos imaginar.

Y trabajábamos y nos reuníamos con afectos y transitábamos por las calles de esa Buenos Aires que nunca duerme, llenas de gente, de niños, de vendedores ambulantes, de vida.

Y no podíamos pensar en lo afortunados que éramos, simplemente porque era la situación a la que estábamos acostumbrados... esa era nuestra “normalidad”.

Y en las vacaciones de verano muchos de nosotros pudimos elegir dónde vacacionar, sin restricciones y sin justificaciones.

Y sin darnos cuenta, en un marzo soleado y con un reflejo de verano que se negaba a abandonarnos totalmente, algo comenzó a estar distinto ¿era el ambiente? ¿era el aire que nos traía otro aroma que el que hasta ahora habíamos sentido?

No... era una nueva realidad que nos golpeaba a la puerta y que no queríamos y no podíamos reconocer. Era la realidad de la guardia separada en “febriles” y “no febriles”, aislada por el pasillo por el cual habíamos transitado, sin pensarlo, durante tantos años.

Era la realidad de tener que vestirnos con ropa de alta protección. Y todo lo que hasta ese momento estaba hecho casi en forma automática, ahora debía ser cuidadosamente pensado y racional

Era la realidad de una proximidad virtual con los estudiantes, pantalla de por medio, con una cuarentena alejándonos cada vez más de los pizarrones y los marcadores, de una carpeta de presentismo que en este año iba a resultar totalmente en vano, nadie asistiría, ni alumnos, ni docentes.

Había llegado el momento de combatir con un enemigo ¿invisible? No: bien visible. En las Unidades de Terapia Intensiva, en los barrios vulnerables, en las abuelas que no podían ver a sus nietos y en los niños que no podían compartir los juegos con sus amigos.

¿Y los docentes? ¿Cómo íbamos a dar clase si no hay institutos abiertos? ¿Qué difícil resulta tener que dar una clase sin el aula, sin los bancos y sin poder mirar a la cara a los alumnos cuando no es por elección, sino por obligación!

En nuestra “normalidad” resultaba inimaginable semejante exigencia. Somos capaces de realizar cosas variadísimas, siempre y cuando tengamos la posibilidad de decidirlo por nosotros mismos.

Pues lo inimaginable se convirtió en imaginable, y más aún, en un hecho.

¿Fue sin darnos cuenta que nos enfrentamos a ese verdadero desafío que fue y seguirá siendo la tecnología? ¿Fue sin darnos cuenta que tomamos la determinación de que esta pandemia no iba a conseguir que dejemos de ser docentes? Si, fue sin darnos cuenta. ¡Y qué suerte! Porque de esa forma lo afrontamos no solo con la mente, sino también con el cuerpo, el alma y el corazón.

Y de la misma forma en que relegamos paseos, reuniones y fiestas, relegamos las clases presenciales. Pero ganamos una pantalla llena de estudiantes conectados a una realidad virtual poco practicada hasta ese momento, tratando de convertir en proximidad la distancia geográfica. A veces lo logramos, otras veces no...

Cuántas veces en todos estos meses dije “*es imposible que pueda con esto*” pero la misma cantidad de veces seguí insistiendo, porfiada, durante muchas horas, a veces lo logré, otras no...

El sol perseverante de ese marzo al fin se convenció que debía alejarse por un tiempo y así llegamos al frío invierno. Pero el invierno también pasó.

Y acá estamos, en un nuevo diciembre, a punto de terminar el año. ¡Qué increíble! Pensar que pasamos por todos los ánimos, todas las dudas, todas las rabietas. Pero acá estamos, a punto de terminar el año.

¡Y cuánto aprendimos! Mientras como sociedad aprendimos a sanitizar desde nuestras manos hasta a las mascotas, a interpretar la sigla “UCI” o la palabra “neumonía”, a estar cerca en la lejanía, nosotros, los docentes, aprendíamos a pelearnos para luego volver a amigarnos con las plataformas, internet, zoom, tutoriales y tantas otras cosas.

Aprendimos a sobrellevar un impacto emocional inesperado en forma silenciosa, levantándonos tras cada caída, resurgiendo mañana a mañana, tristeza a tristeza, para comenzar nuevamente con todas las fuerzas y toda la garra.

Y si alguno de nosotros no sabía muy bien el significado de la palabra resiliencia, lo íbamos a aprender queramos o no.

Ojalá los docentes hayamos aprendido la importancia de estar siempre, bajo cualquier circunstancia y de distintas formas, comunicados con nuestros estudiantes, sabiendo que tenemos muchas formas de llegar a ellos...

Ojalá hayamos aprendido que nuestra obligación va mucho más allá de la situación académica, los contenidos y la teoría. Que somos los responsables de formar profesionales fuertes, dignos, con coraje para enfrentar la vida...

Y en este diciembre a un paso de terminar el año lectivo, miro el ayer y veo tantas, tantas, tantas cosas a modificar, miro el hoy y necesito que llegue el mañana y miro el mañana y espero haber aprendido todo lo que el ayer y el hoy me mostraron y espero haber internalizado. Para poder mirar hacia atrás y poder brindar por los afectos que ya no están corporalmente cerca, pero que su recuerdo eterno será el mejor homenaje que podamos hacerles, para poder pensar en lo que fue... en lo que es... y en lo que será.

Clases con auriculares

Autor: Pablo Marcelo Scinardo

Docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Automatización y Robótica

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Circuitos Electrónicos I, Técnicas Digitales I, Sistemas de Control II, Circuitos Electrónicos II, Laboratorio de Simulación, Sistemas de Control III.

Recuerdo la primera reunión de coordinación de la carrera, a mediados de febrero, en la que nos planteamos cómo incentivar a ingresantes, mantener activos a los de segundo año y alentar a quienes están terminando la tecnicatura en Automatización y Robótica. Esas preguntas se me multiplicaron y todas aquellas ideas que tenía en mente se vieron opacadas a mediados de marzo, cuando se anunció la pandemia y las restricciones en el acceso al aula.

En lo personal, no estuve preocupado por el comienzo de clases ni por la modalidad remota, pero sí tuve incertidumbre respecto al acceso tecnológico que podrían tener alumnas y alumnos para mantener la continuidad de la materia, poniendo en riesgo su carrera y desarrollo profesional.

Se me presentaron varios desafíos al momento de pensar la nueva modalidad de clases. Si bien con las herramientas tecnológicas puedo desenvolverme sin mayores inconvenientes, hasta el momento solo había dado charlas o talleres en forma remota y asistida a algunos cursos de posgrado sobre plataformas del tipo campus virtual. Ese fue mi gran desafío, ¿cómo podría armar mis clases, que de por sí tienen un intenso contenido técnico-analítico, que requiere explicaciones y desarrollos matemáticos, para consolidar conceptos y prácticas de laboratorio con instrumental que tenemos disponible físicamente en la institución?

El primer paso fue digitalizar la mayor cantidad de libros y apuntes que uso para dar las clases y dejarlos a disposición en el Campus Virtual, ya que no podría trasladarme a las aulas de San Telmo con mis libros/apuntes y desarrollar los temas en el pizarrón. Si bien parte del material de estudio lo tenía digitalizado, me sirvió para actualizar algunas unidades e incluir otros puntos de vista buscando distintos autores y materiales de investigación, lo que me permitió tener distintas alternativas según se iría desarrollando la cursada.

Otra parte importante fue haber participado en los talleres dictados por el equipo de coordinación académica del ISO (Instituto Superior Octubre) para organizar el aula virtual, conocer el acceso y herramientas de moodle. Seguí las sugerencias de los coordinadores y armé mis tres aulas del primer cuatrimestre usando el mismo criterio de organización. Al inicio generé un foro de bienvenida incluyendo un cuestionario de presentación para entender expectativas, limitaciones y recursos de acceso de quienes ingresarían a cada aula virtual, a fin de poder dirigir la modalidad de las clases. También creé bloques con el material de estudio en formato electrónico disponible para descargar o revisar en línea.

Con la premisa que el programa de cada materia no debería sufrir recortes, organicé las unidades teóricas de forma tal que cada clase sea publicada con el tema presentado, incluyendo recortes de libros, apuntes y links a internet para profundizar.

Para mantener la continuidad presencial remota en mis clases, preferí mantener activo el día y horario según el calendario académico de cada materia, abriendo la herramienta de chat sobre el aula virtual durante este horario, enviando un email recordatorio treinta minutos antes para que se conecten, informando el temario del día y habilitando una sesión de videollamada. La intención era no dejar a nadie fuera por no tener los recursos de acceso tecnológicos, por lo tanto, las clases también fueron grabadas y subidas al canal de youtube del ISO para consultas posteriores.

La primera semana de clases fue una gran prueba de lo que tenía en mente para el desarrollo del aula virtual. El primer obstáculo que afronté fue la poca aislación a los ruidos domésticos en el estudio de mi casa. Para no distraerme, ni distraer a alumnas y alumnos, la mejor solución que encontré fueron unos auriculares con micrófono incorporado semiprofesional que tenía en un cajón y nunca había usado, fue así como comenzaron mis *clases con auriculares* para poder transportarme al ISO. Mi buena fortuna determinó que la primera clase virtual sería con tercer año de la carrera, a quienes ya conocía del 2019, eso me permitió estar más relajado y pensar en forma conjunta cómo hacer atractiva esta modalidad que suponíamos sería por un largo tiempo.

Creí que era importante mantener activa la conexión entre profesor y estudiantes, por eso encontré, en la herramienta zoom, una aliada que me permitió mantener el contacto visual, aunque algunas veces apagaban la cámara, pero preguntando en forma individual podía verlos y conversar cara a cara. Por allí podía compartir el contenido

teórico para desarrollar los temas, o también habilitar que las alumnas o alumnos sean quienes expliquen cómo resolver algún ejercicio mostrando su propia pantalla. Me preocupaba por preguntar cómo se manejaban con la carga horaria de estudio y sus respectivos empleos, cómo venían llevando nuestra materia y también por las otras, contándoles experiencias de años anteriores y expectativas a futuro.

Realicé varios intentos para hacer del desarrollo de la clase algo más atractivo que ver un PDF y buscar que se asemeje a la presencialidad. Puse un pizarrón detrás de mí para desarrollar cálculos y hacer análisis de distintos temas, pero no fue sencillo que puedan verlo. Conecté también una segunda cámara a mi computadora captando solo el pizarrón, como un operador de televisión conmutaba de una cámara a otra y al PDF, pero tampoco estaba satisfecho, la definición era difusa y requería mucho esfuerzo de las y los estudiantes para seguir un desarrollo paso a paso. Preferí, para casos especiales, hacer explicaciones y cálculos en papel de forma clara y describir cada paso, luego escanear el material y subirlo al aula virtual.

Otra limitante que me encontré para la clase era que la herramienta zoom versión gratuita, permite solo 40 minutos corridos de sesión y automáticamente se corta. Aproveché ese límite usando como su equivalente la hora cátedra, llegando al final de una sesión hacíamos un pequeño *break* para continuar con el tema o empezar otro. Además, resultó más práctico al momento de subir las clases grabadas al canal.

Para realizar prácticas de laboratorio utilicé distintos recursos según tenía a mi alcance, como ser herramientas de simulación por computadora o distintos materiales y componentes que tengo en mi casa para armar entornos de pruebas y hacer mediciones con un instrumental básico. También alumnas y alumnos desarrollaron prácticas en sus casas con la limitación de recursos de antemano conocida. Este es un gran pendiente que deberemos recuperar de regreso a las aulas.

El uso de Campus Virtual cambió mi paradigma para tomar exámenes, ya sean parciales o finales. Normalmente planteaba algunos ejercicios para resolver en papel o mediante computadora y algunas preguntas teóricas a desarrollar, ese formato no es sencillo de implementar dentro de moodle. Tuve que cambiar mi modo de evaluación, exigiendo trabajos prácticos con mayor desarrollo e investigación y exámenes del tipo *multiple choice*, focalizando las preguntas en conceptos teóricos y de razonamiento para aplicar un criterio adecuado, o ejercicios donde se muestran distintas soluciones y solo tenían que hacer cálculos mínimos para resolverlos, pudiendo así evaluar todo en un

tiempo de 20 a 30 minutos.

A pesar de las distintas problemáticas, encontré entusiasmo de alumnas y alumnos para superar los obstáculos. Siempre dándoles el aliento y apoyo necesario para que puedan retomar los temas pendientes o resolver dudas. También hubo quienes dejaron la materia por diferentes motivos, por no acostumbrarse al modo virtual o por exceso de carga laboral o falta de tiempo para el estudio.

Como cierre de este ciclo puedo decir que fue muy satisfactorio y agradezco el esfuerzo realizado por todo el equipo educativo, estudiantes, docentes, coordinación y administración, para llevar adelante los objetivos planteados, en particular desarrollar las clases de forma tal que generen interés y permitan profundizar en los conocimientos de la carrera.

Tormenta de ideas

Autora: Débora Doering

Docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Seguridad e Higiene en el Trabajo

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Investigación de Campo.

Práctica Profesionalizante III, Ambiente de trabajo II, Ambiente de trabajo III.

¿Por qué educamos? ¿Por qué empecé a enseñar? Son dos interrogantes que sobrevolaron mi mente cuando, a unos días de iniciar el año lectivo 2020, hubo un antecedente sin precedentes en la historia de la educación. Por medio de una situación global se modificaron las clases, la forma de proceder, un nuevo método de aprendizaje. En ese preciso momento, no miento, me dio un poco de pánico, no voy a decir que no quise salir corriendo (como el emoticón del whatsapp).

No puedo describir cómo fue que me puse delante de la cámara y empecé a imaginarme estar en el aula, a ver el manejo de la virtualidad de las clases, cómo se sentían los alumnos, cómo me sentía yo. Fue un nuevo aprendizaje, tanto para ellos como para mí. Creo que este año fue un año de enseñanza mutua, tanto de los alumnos como de docentes, no hubo barreras, esas que a veces se presentan en el aula.

Aunque por mí, yo sentía que no tuve suerte. Recién hoy, llegando a diciembre, pude disfrutar y llegar a tener una conexión simple, sencilla y clara con los alumnos. Traspasé los medios tecnológicos, la barrera imaginaria que se había formado por varios minutos, horas y días.

Sinceramente pude sentir ese efecto que provocaba en mí el ingresar al aula, como cada vez que entraba al ISO (Instituto Superior Octubre), no importaba nada, ni me interesaba nada, solo era yo y mis alumnos. No importaba si hacía frío, calor o que el proyector no funcionaba, o bien si llegaba a mi casa a las 12 de la noche o si me levantaba a las 05:15 de la mañana, encontraba la manera de que los chicos se interesaran sobre los temas, no había barrera, era una charla mutua.

Como les comenté, después de varias clases, me sentí feliz, por eso creo que tuve esa tormenta de ideas, las palabras me llegaron, fluyeron y me senté a escribir estas ideas que aquí encuentran. Al traspasar la vivencia de esta cursada en papel, el corazón latía con rapidez. Me sentí viva. Realmente percibí esa conexión al igual que en el aula. No

quería cortar la clase, ese *feedback*, mirar sus ojos, anhelos, sus miedos, sus vidas, sus dudas.

Con el pasar de los días observé que comencé a intensificar mis gestos y mi forma de hablar, para poder transmitir los saberes pedagógicos. Siento que este año nos transformamos en actores y actrices; ya que tuvimos que repensar como dictar una clase sin estar presentes, pero a la vez sí.

Al estar en un mismo espacio físico, nos movemos, hacemos gestos, vivimos, nos sentimos vivos, reímos, lloramos, gritamos. Somos seres humanos y argentinos. Lo tradicional de nosotros es estar, compartir un mate, un consejo. Todo eso pasa en un aula; a veces uno reniega de eso. Pero seamos honestos ¿quién no extraña eso? (suelto una risa irónica).

Y así es como el título “Tormenta de Ideas” refleja lo que me generó esa voracidad de la virtualidad: ¿cómo se desarrolla una clase sin estar en un mismo espacio y teniendo como intermediario una computadora, en vez de un pizarrón?

Se me generan otros interrogantes ¿Habré hecho bien? ¿Habré cambiado sus ideas? ¿Habré conseguido llegar a sus mentes, incentivarlos a que continúen progresando?

Creo que esas dudas seguirán, debido a que no pude conocerlos como me habría gustado. Sé que algunos me habrán prestado atención, ya sea con cámaras apagadas o sin participar. No sé si llegará a un buen puerto todo lo realizado, pero alguien me dijo que soy muy testaruda y perseverante para darme por vencida. Así que, vamos por un segundo round, sé que lo haré mejor y puedo decir que tuve a los mejores alumnos que se volvieron mis docentes de aprendizaje virtual.

Inventamos o erramos (recobrando sentido en el 2020)

Autora: Soledad Arriagada

Directora de Estudios

Este año empezó con una invitación laboral muy importante para mi desarrollo profesional. Asumí como directora de estudios en los últimos días del mes de febrero, sabiendo que sería un camino lleno de desafíos, dificultades, mayor carga horaria y un sin fin de situaciones que eran desconocidas para mí. Estaba segura de que podía aprender y que el equipo de conducción que me recibía abrazaría mis dudas, daría lugar a mis sugerencias y acompañaría mi proceso. Muy dentro de mí estaba lleno de pánico, pero todavía no sabía que el escenario podía ser aún más complejo.

Los días que pasé en el instituto supe observar su funcionamiento, su mecánica, escuché (todo lo que pude) al personal docente y me encontré con personas amables que con paciencia me explicaron detalles de cada rincón.

Pero duró muy poco, porque como todes ya sabemos el 20 de marzo se declaró el ASPO (aislamiento social preventivo y obligatorio) y todo lo que había pensado o imaginado se desmoronó. Quiero ser sincera en este punto, no tenía la menor idea cómo iba a organizar el trabajo virtual para cumplir con mi responsabilidad, que comparte tiempo con otro trabajo, dos diplomaturas, una bebida y mi hogar. En definitiva, creo que nos encontramos en la situación de tener que combinar/fusionar/ensamblar la vida del hogar y los placeres mundanos con nuestros trabajos, nuestra formación e intereses académicos y culturales ¡Y tuvimos que hacerlo en tiempo récord! Como ya indiqué en el título: había que inventar o dejar que el tiempo me demuestre mis errores.

Los días en casa se llenaban de mails, grupos de whatsapp, reuniones por zoom, meet, skype, podcast, aulas virtuales, trabajos en power point, planillas excel y sobre todo mucho trabajo en un formato que desconocíamos. Hubo que adaptarse rápidamente: cambié los muebles de lugar varias veces para hacer más funcional el espacio, acepté una computadora prestada porque la mía tiene diez años y no resistió la exigencia del nuevo ritmo, debí ampliar el servicio de banda ancha, compré una docena de auriculares (y aún hoy no tengo uno que funcione bien), colgué una pizarra para volcar allí la agenda diaria y como a veces no entra todo le pego papelitos de colores y muchas veces (más de las que nos gustaría) el delivery fue la salvación. En ocasiones

tuve la sensación de que no iba a poder con todo. Me aliviaba saber que no era la única y lo digo con conocimiento de causa.

Un informe realizado por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación, CONICET y el Ministerio de las mujeres, géneros y diversidad arrojó en el mes de agosto que: *“...la crisis de cuidados entre las mujeres urbanas durante el confinamiento, donde el 55,1% son jefas de hogar, responsables en su mayor parte de los trabajos domésticos y de cuidados. La sobrecarga de trabajo -doméstico, de cuidados y educativos- se expresa de forma significativa en la vida de las mujeres, por ejemplo, un 92,6% se encarga de acompañar las actividades escolares de sus hijos e hijas en el período de cuarentena. Asimismo, en relación a la co-participación en el reparto de las tareas, el 54,8% respondió que, entre todas las personas de la familia que son co-responsables, las mujeres son las que trabajan más”*.

Además de esta compleja realidad que describo y en la que percibo que cada una hizo un poco lo que supo y pudo (siempre con mucho compromiso en la formación y la educación como idea general de transformación), creo que es muy pertinente decir que pude desempeñarme como directora porque mis compañeros me ofrecieron su ayuda incondicional, su buena predisposición y todo su conocimiento para salir de problemas muy complejos.

La conducción, la coordinación y los docentes del ISO (Instituto Superior Octubre) me han aliviado el trabajo de manera muy genuina y solidaria; además, aprendí infinidad de cosas y fue un proceso sumamente enriquecedor.

Desde aquel 20 de marzo hasta hoy han pasado muchas cosas, pero sobre todo destaco la realización del trabajo colectivo que nos enseñó tanto. Desde las capacitaciones en abril que nuestra asesora Shirly diseñó, preparó y ejecutó con tanta paciencia, profesionalismo y generosidad, como el desarrollo de las casi 300 aulas virtuales que hubo que llenar de contenido (previamente adecuado) a lo largo de los dos cuatrimestres, en las que cada docente dio cuenta de su valiosa labor y experiencia. Otra vez: inventamos o erramos. Y creo sin temor a equivocarme que hubo más de lo primero que de lo segundo.

Decir también que nuestras carreras poseen un entramado complejo y pienso en los docentes de Salud (Enfermería y Radiología) que desde el primer momento de la Pandemia son primera línea de contención y atención en los hospitales y centros de salud y nunca dejaron de lado el trabajo docente en el ISO. Mi profunda gratitud para

con ellos y ojalá que pronto pueda manifestarme personalmente (presencialmente), pero no quería desaprovechar esta oportunidad porque considero que las cosas importantes hay que dejarlas por escrito.

A título personal creo que pude mantener cierta cohesión en el trabajo grupal, me esforcé por hacerles saber a mis compañeros que podían contar conmigo para lo que hiciera falta, para modificar lo que les genere malestar o reducir lo innecesario. Entendí profundamente el escenario complejo que enfrentaban y puse en valor su labor siempre que pude. Los nueve años de trabajo que tengo en el aula me enseñaron que no siempre se dimensiona lo que se hace y lo mucho que cuesta, pues bien creo que es momento de decirlo fuerte y claro: el trabajo pedagógico de los docentes de Automatización y Robótica fue y es impecable. Y aunque esto sea una verdad de perogrullo: sin ellos la cursada hubiera sido imposible y la tarea docente necesita de reconocimientos.

¿Qué sucederá en el 2021? es el gran interrogante. Sinceramente creo que nadie tiene la respuesta final y existen aproximaciones teóricas basadas en experiencias de otros países. Pero con esto soy verdaderamente optimista, porque la humanidad ya vivió pandemias y las instituciones escolares se modificaron alrededor de ellas y sobrevivieron a todo. Sin embargo, en esta oportunidad, estamos en un escenario que se complejiza por sus componentes: el acceso irrestricto a la información, el uso de la tecnología y el trabajo docente conviven hace mucho, pero este año se impuso la educación virtual de modo que ya no hay dudas de los posibles usos de la tecnología (buenos y malos, jamás neutrales). Habrá que sortear las dificultades como hicimos siempre porque no hay reemplazo al vínculo pedagógico y eso también quedó más que claro.

Para cerrar, percibo que la sensación que nos atravesó a todos este tiempo es de incertidumbre, debe estar en el podio compitiendo con cansancio, pero también en estos días donde empezamos a hacer balances parece que la cuenta nos da bien. Más allá de lo desprestigiada que está nuestra tarea, incluso por quienes son responsables, cada integrante de cada comunidad educativa sabe cuánto se hizo y eso nos tiene que llenar el pecho de orgullo.

Cada vez que los docentes enseñan, su creatividad, astucia, inteligencia, experiencia, fraternidad y criticidad, le ofrecen nuevos sentidos a la práctica, los alejan del error. Está todo por hacer.

Reinventándonos en tiempos de COVID-19

Autor: Ezequiel Daumas

Docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Seguridad e Higiene en el Trabajo

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Práctica Profesionalizante IV

Recuerdo, por allá a fines del mes de marzo, cuando la Pandemia nos interrumpió la normalidad que cada uno de nosotros desarrollaba, que una de las frases que estaba en boca de aquellas personalidades más motivacionales era “*tiempo de crisis, tiempo de oportunidades*”.

No obstante, y asumiendo el riesgo de caer en la injusticia de no mencionar varias de ellas, cada uno de los docentes nos encontrábamos ante el desafío de afrontar la modalidad virtual, siendo para muchos de nosotros algo totalmente desconocido.

Si bien no tuve la oportunidad de contar con materias en el primer cuatrimestre, lo primero en lo que necesité incursionar fue en la plataforma del Campus, que desde un principio no me presentó dificultades.

Ya transitando el inicio del segundo cuatrimestre, más específicamente antes de la primera clase virtual de la materia, Práctica Profesionalizante IV, surgían ciertos interrogantes en torno al desempeño de los alumnos, como: *¿Tienen acceso a una computadora, wifi u otras condiciones necesarias para la modalidad virtual? ¿Cuáles son las posibles ventajas y desventajas del desarrollo de esta modalidad? ¿Qué expectativas tienen con la materia?* Dichas preguntas, que decidí transmitírselas a mis alumnos a través de un foro al inicio de la cursada (y aprovechando que ellos ya habían tenido la experiencia del primer cuatrimestre), dieron lugar a enfatizar una búsqueda de soluciones a los vacíos que podía generar esta modalidad. Interiorizarnos en los problemas que el alumno afrontaba (falta y cambios en sus tiempos, desmotivaciones, falta de recursos, etc.) nos llevaría a planificar la materia ajustándonos a la realidad.

Centrándome en las expectativas que mis alumnos transmitían y, en ocasiones, notoriamente la falta de ellas (al ser una materia Práctica en tiempos de COVID-19, muchos de sus aspectos significativos se encontrarían limitados), se nos presentaba un desafío que traía consigo una oportunidad de aprender algo nuevo y además, una oportunidad de mejora.

Motivar a los alumnos y recuperar de alguna manera el sentido práctico que enriquece la materia Práctica Profesionalizante IV se convirtió en mi principal objetivo,

tratando de suplir ciertos faltantes tan necesarios para un alumno que está a meses de salir al mercado laboral en calidad de Técnico de Higiene y Seguridad.

En primera instancia, trabajamos en equipo con el resto de los profesores de la materia, junto a nuestro coordinador de la carrera, Germán Díaz Pérez, la directora de estudios, Agustina Gallino, y desde la coordinación pedagógica Shirley Zelcer. Pudimos unificar los criterios a adoptar en los proyectos que realizarían los estudiantes y desarrollar mejoras en referencia a las actividades que conlleva la cursada.

En ese mismo momento y, en solución al problema más directo que nos presentaba esta modalidad, surge como propuesta de Shirley la actividad llamada “Juego de roles a través de la evaluación entre pares”, la cual luego llamamos **“Juego de roles: la gestión y la auditoría”**. Actividad que automáticamente nos conectaría a implementar una propuesta nunca antes ensayada por el alumno al verse involucrado en una situación habitual que encontrarán al desempeñarse en sus funciones como técnicos. Buscamos reinventar lo práctico que requiere la materia PPIV a través de un encuentro sincrónico en el cual se trasladaría al alumno a una realidad simulada en la que se encontraría trabajando como **asesor/a de una Aseguradora de Riesgo del Trabajo y/o como asesor interno de la empresa que cada uno adoptó para su Proyecto**. Durante la implementación se pusieron en juego habilidades comunicacionales, conocimiento e interpretación de la normativa vigente y muchos otros contenidos. Pude observar el esfuerzo de los alumnos al verse desafiados con algo nuevo y ejercitando los conocimientos obtenidos a lo largo de los tres años.

Concluyo el cuatrimestre con sensaciones muy positivas, habiendo acercado la cursada lo más posible a la realidad profesional (mi principal objetivo en la materia) y contento de haber podido implementar una actividad que, como he transmitido a las autoridades del Instituto, la considero importante para volver a realizar los próximos años. Me llevo como aprendizaje el hecho de que siempre que se nos presenta un desafío es a la vez una oportunidad de sacar algo mejor de nosotros, y que no hay nada que no pueda ser mejorado y llevado a la excelencia.

Recalco el compromiso de mis alumnos ante cada desafío y exigencias que les fui presentando y el apoyo del equipo de trabajo del ISO (Coordinadores y Autoridades del Instituto) quienes fueron el sostén necesario para cada uno de los Docentes en este año tan atípico.

Cronología de un año transformador

Autora: Alejandra Florio

Docente de las carreras: Tecnicatura Superior en Seguridad e Higiene en el Trabajo y en Radiología

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Química I y II, Medicina Industrial y Ambiente I, Química Biológica.

“El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego” (Jorge Luis Borges)

Enero de 2020. La emoción de comenzar un nuevo año y la alegría que me trae el verano me acerca noticias lejanas de una pandemia del otro lado del mundo. Como tantos otros veranos que se escuchan noticias de virus que aparecen, mis oídos interesados por la Biología desde niña prestan atención a los detalles. Tantas enfermedades surgen en el mundo cada año, pero estos últimos años parece que los virus se pusieron de acuerdo para jodernos la vida. Tal vez sea la globalización, tal vez sea un “castigo” por destruir las entrañas del planeta con nuestra codicia... ¡Tranquila! Me calmo a mí misma, esas cosas nunca llegan a esta parte del mundo...

14 de marzo. Cumpleaños de mi hija mayor, ya hay dos muertos por el SARS-COV2 en Argentina. Se suspenden las clases en todo el país. Algunos dicen que serán quince días, otros proponen que hasta Semana Santa... Parece que este virus sí llegó al sur del mundo.

Me preocupa que nos atrasemos mucho con las clases, a fin de año siempre terminamos con la lengua afuera... Precavida, ya tengo armado un cuadernillo con cinco clases para que mis alumnos del secundario tengan para leer y trabajar. Veinticinco años de experiencia docente tienen sus beneficios. En el 2009 el H1N1 nos agarró de sorpresa, esta vez no pasaría. Me felicito por la idea, como decía mi abuela: *“hay que ser precavido...”*. Yo siempre salgo sin paraguas, pero esta vez le hice caso.

Pero... hay algo que me inquieta... ¿Cómo vamos a hacer en el ISO (Instituto Superior Octubre)? La incertidumbre y la angustia se apoderan de esa parte de mi vida. Química y Medicina para adultos que quieren ser profesionales... ¿Cómo acercarles los contenidos? ¿Cómo realizar los intercambios?... Me desahogo en el grupo de whatsapp.

Qué bueno tener un lugar donde intercambiar dudas y angustias con los colegas, después de todo, esta época tiene sus ventajas también.

Los días se suceden rápidamente... qué raro es estar en casa tantos días todos juntos. ¿Estamos de vacaciones? La vida familiar se entremezcla con la vida laboral y escolar de todos. Tener una madre profe también tiene sus pros y sus contras... NO ESTAMOS DE VACACIONES, es la frase que repito para mantener la organización de esta nueva cotidianidad.

En un abrir y cerrar de ojos, me encuentro manejando programas que nunca había creído necesarios conocer. Ya en los noventa intuía que la computación sería una herramienta importante para el futuro, por eso me anoté en ese curso de D.O.S., pero el zoom superó lo que imaginábamos en esos años. Las aulas virtuales de San Google aparecieron para socorrer a alumnos, padres y maestras. En el ISO, la plataforma moodle llegó rápidamente a ayudar a conectar a los alumnos con sus profes. Pero... cuatro personas que dan y reciben clases virtuales a la merced de una sola computadora... No me cerraban las cuentas. Y tenía razón. Los horarios se superponen, los espacios y materiales son requeridos por todos al mismo tiempo y tantas, tantas horas juntos. Por momentos siento que mi cabeza va a estallar, creo que sufro del “Síndrome del nido lleno”. Calma... Otra vez mi abuela y sus frases *“metele amor al caos y verás cómo todo se ordena”*.

Poco a poco, paso a paso, fuimos encontrando nuestros tiempos, nuestros espacios, ayudándonos en lo cotidiano. Así fui aprendiendo a armar exámenes en formularios autocorregibles, subir videos a youtube y jugar al among us mientras enseño a lavar los platos, planchar pantalones y hacer resúmenes de la Década infame. La Nueva Normalidad nos reacomoda, nos transforma y nos convierte.

Ser docente siempre es un desafío, pero el COVID me puso al límite. Con la pandemia apareció algo muy interesante, porque todos salimos rápidamente a ver cómo podíamos colaborar en esta situación para que LA ESCUELA siga estando, pero sin presencialidad. Así fue como mis alumnos conocieron mi cocina y yo conocí el living de Fernanda, la cocina de Juan, la habitación y el hijo de Sofía, el rincón donde descansa Víctor, que trabaja de encargado de edificio; hasta tomé un final a una alumna internada por este virus y dio examen desde la habitación del hospital. Y si bien la brecha tecnológica a veces hizo difícil la tarea de comunicar los conocimientos, nos

fuimos acompañando, atendiendo a las nuevas necesidades de estudiantes y familias. EVOLUCIONÉ, aprendí a enseñar de otra manera, enseñé a aprender de otra manera...

Las semanas y los meses se suceden. Los días se alargan, vuelve el calor y la alegría del verano, un nuevo año nos hace mirar el futuro con esperanza. Miro hacia atrás y veo todo lo recorrido. ¡Qué intenso 2020!... pero cuánto me enseñaste. Ya no seré la misma.

¿Del caos al orden? *Relatos de una docente al borde de un ataque de nervios*

Autora: Mónica Pastorini

Docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Seguridad e Higiene en el Trabajo.

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Relaciones Humanas I, Relaciones Humanas II, Pedagogía, y Capacitación de Personal.

Pensando en este año, creo que el título de este relato representa las sensaciones, sentimientos, emociones, decisiones y acciones que me pasaron en el transcurso de la vida en estos meses.

En este momento de escritura también lo siento así, donde intento poner en orden el caos que fue esta experiencia de la docencia en la virtualidad y que no escapa del transcurrir de la vida y su cambio en todos los sentidos. No puedo dejar de pensar en las emociones que se apoderaron de mí, donde no solo debía seguir con mi tarea docente, sino que la vida también cambió en ese momento.

Para entender este caos, comienzo por decirles que llevo casi dieciocho años de docencia universitaria y terciaria, en los cuales he pasado por muchos aprendizajes y roles que me llevaron a sentirme con una gran capacidad de manejo en el aula, en la relación con mis alumnos y en sentir los espacios áulicos como mi lugar en el mundo.

En marzo del 2020 eso desapareció, sobretodo esa fue mi sensación. La falta de contacto con el otro me movilizó, me puso de cabeza, me desmotivó y, en un principio, me paralizó. Después de tantos años de docencia, donde el aprendizaje es una constante, no vi esta situación como una oportunidad para adquirir nuevos conocimientos, sino como que ¿me expulsaban de mi lugar en el mundo?, ¿de mi zona de confort?, ¿de mi seguridad?, ¿de mi experiencia?, me llevaban a otro plano, el del manejo tecnológico y la falta de relación con el otro.

Lo primero que se me ocurrió hacer fue encontrar un lugar, un espacio donde me pudiera conectar con los alumnos y, gracias a la ayuda de un profe, armé grupos de telegram por materias. El objetivo era conocer cómo estaban los y las estudiantes, cómo se sentían, mantenernos conectados. Pensaba en la importancia de este año para los de tercer año. Hoy veo que tal vez lo hice más por mi necesidad de sentir que estábamos todos juntos que por ellos. Lo que lograron esos grupos al principio fue, que tal cual

como yo quería, nos mantuviéramos juntos, informados y nos diéramos aliento mutuamente.

Bien, ya estaba más tranquila, estábamos todos en una tormenta fuerte pero juntos. Eso puso un poco de luz al caos de la incertidumbre. Pero ¿ahora qué? ¿Cuál era el siguiente paso? ¡Lo temido por mí! Enfrentarme a eso frío en mi pantalla que era el Campus.

Participé de cursos, charlas, videos, pero el miedo ante qué hacer en la primera clase se apoderó de mí. Seguí los lineamientos generales que habían pedido, pero dentro de mí me sentía impotente, pensaba cómo usar mis palabras para que llegaran del otro lado.

Y entonces el servicio de internet se caía y si no era eso, era el Campus. La computadora que tenía era una netbook y me obligaba a estar en una posición que me mataba la espalda, le pedí una notebook prestada a mi hijo, la cual se rompió, compré repuestos, la mandé a arreglar en horas porque el lunes o antes la necesitaba.

¿Qué era eso de los foros, encuestas, cuestionarios? ¡Esperen que me quiero bajar! Dolor de espalda, ojos, nervios, insomnio, dolor de cabeza. ¡Paren! Volvamos a ver los videos de cómo armar un video, volvamos a ver las capacitaciones sobre las encuestas, ¡centrarse en dar lo mejor! A los dos segundos caos y de vuelta a ver cómo resolver, mandar whatsapp, pedir ayuda. Vamos que se puede. Poner orden, establecer prioridades, los alumnos deben recibir la clase.

¿Cuáles eran las prioridades? Las clases tienen que estar en el día y horario asignado. Bien, ¡esa es la prioridad! Ahora, no les puedo enviar los libros enteros, ¿qué es lo que necesitan? ¿cómo lo puedo resolver? Lo que les enviaba en la presencialidad ¿era suficiente? ¡Nooo! Entonces preparo apuntes, los elaboro para que los tengan y les agrego un audio explicativo. Bien ¡me gustó! a escribir, pero claro, llevaba más tiempo de lo previsto, sábado, domingo, etc.

Mientras tanto sonaba el grupo de telegram, preguntando cómo subir las cosas, qué había que hacer, gente que se incorporaba tarde. Caos. Tranquila, resolvamos.

Conforme pasaban las semanas, las clases estaban, les mandaba mails a los que no se conectaban, me preguntaban muchas veces lo mismo en distintos mails y yo los respondía. El caos no era solo mío, obviamente estaba del otro lado también. ¡Vamos, a seguir!

Mejorar el servicio de internet para que no se cayera y pudiera dar clases por zoom. Subir la clase al campus, más clases por zoom y qué alegría cuando algunos prendían

las cámaras, ¡verlos me hacía sentir más normal! En pedagogía hablábamos del aprendizaje y sus inhibidores y allí salía la situación actual y cómo los afectaba en su aprendizaje.

Estábamos llegando al fin del cuatrimestre y no había claudicado en el intento o, mejor dicho, creo que me levanté varias veces. Recuerdo las caras de mis hijos cuando se me cortaba internet y mi desesperación o el hecho de pasar por los distintos espacios de mi casa para saber dónde había mejor conexión o dónde estaba el mejor lugar para poder hacer mi trabajo. Eso había pasado, ahora tenía mi lugar para trabajar, donde nadie me molestaba y podía conectarme a las clases. Me alegraba ver todas las semanas a mis alumnos y transitar los temas a partir de debates, exposiciones y diálogos. Se asemejaba a lo que llamo orden.

Se sentía más normal, la tarea con el otro es indispensable para el aprendizaje, eso siempre lo decimos, pero este año no solo lo decía para los que aprenden sino para aquellos que enseñamos.

Cuando todo parecía tomar su curso y en mi mente agosto era el mes donde iba a volver a “la normalidad”, ¡llegaron los finales! ¿Y ahora? ¿Caos otra vez? No. Decisiones tomadas y efectuadas en conjunto con las autoridades y mis compañeros, hicieron de los finales una nueva experiencia. ¡¡Solo quedaba rezar a San Internet para que no se corte ni a mí, ni a mis compañeros, ni a los alumnos!!

“*Seguimos virtual el siguiente cuatrimestre*”. Mis pensamientos se dispararon, pero ya no había desesperación, había aprendido a ver al caos como un desafío, hablé con los alumnos que volvería a tener en el segundo cuatrimestre y me alegró saber que querían clases por zoom. Bien. ¡Decisión tomada!

Ahora el desafío eran los alumnos que tenía por primera vez, pero, desde el primer día quedó instalada la propuesta y los lineamientos para la materia, todos estábamos aprendiendo.

Comencé el segundo cuatrimestre subiendo la presentación de la materia, el programa y abriendo un foro para presentarse. Desde ese día estaban pautadas las clases por zoom cada quince días hasta el primer parcial y luego empezamos a realizarlas todas las semanas.

Noté en general una alta participación, no solo prendiendo las cámaras, sino en el chat y desde los micrófonos. Me gusta que los y las estudiantes participen activamente

en las clases, las mismas son de todos y más allá de que yo soy la guía del aprendizaje es una construcción de todos.

Cerrando el cuatrimestre recibí varios mails de agradecimiento porque se sintieron acompañados en este camino. Y uno de esos mails hablaba de la importancia de que todo estaba ordenado, las clases planificadas, los zoom con sus horarios respetados y la bibliografía “a la mano”. Había garantizado el orden

En mi caso esta situación de la pandemia me enseñó muchísimas cosas en mi rol como docente y en la vida. Dentro de toda situación de desconocimiento aparece el miedo, pero ese miedo puede ser el motor de algo nuevo que viene a enseñarnos.

Aparecieron inquietudes nuevas de parte de las y los estudiantes que agregaron valor a mi práctica docente. También hubo situaciones difíciles a resolver, personas que no pudieron seguir sus estudios por diversos factores, a veces enojos, protestas y discusiones.

En lo humano aprendí mucho, me sentí cerca de mis compañeros docentes, muchos ayudaban a aquellos que no la teníamos clara con la tecnología, también tuve ayuda de mis estudiantes, quienes me explicaron cómo veían la información y gracias a eso modifiqué ciertas cosas y fue mejor.

El caos no es para siempre; el orden, tampoco. El caos no es en sí mismo malo, el orden tampoco. Entendí que es cíclico y que siempre involucra cambio y aprendizaje.

El desafío de una cursada en pandemia

Autor: Rodrigo Acosta

Docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Seguridad e Higiene en el Trabajo

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Enfermedades Profesionales, Toxicología Industrial, Práctica Profesionalizante I: Sistemas de Gestión y Organización de la Seguridad.

Se aproxima un nuevo inicio de cursada, ya pasaron los exámenes de febrero y desde el otro lado del mundo no llegan buenas noticias. Desde el ISO (Instituto Superior Octubre) llegan los primeros mails, unos días antes que se declare el Aislamiento Preventivo Social Obligatorio y de saber cómo íbamos a afrontar el año. Surgen las primeras dudas: ¿cómo es dar clases virtuales?, ¿cómo establecer el vínculo con los alumnos?, ¿cómo sostener la presencialidad virtual?, ¿cómo calificar? Llega abril, comienza la cursada virtual y me pregunté ¿cómo arrancar?, ¿qué estrategia utilizar?, ¿la plataforma está preparada?

Lo primero que hago es presentarme, solicitar a los alumnos que se presenten, en ese momento me encontré solo en el aula (mi cabeza, mi imaginación y el Campus Virtual). Envié actividades y material, aprendí y me enseñaron a usar foros, wikis, generar actividades de *múltiple choice*, entre otras cosas. Después cambié de estrategia y usé el zoom, pude verles las caras a mis alumnos que se habían presentado en un texto, enviaba tareas, recibía y las corregía a través del Campus. También impulsé un trabajo en grupo, lo que implicaba un esfuerzo para los alumnos de juntarse de forma virtual, ponerse de acuerdo y realizar trabajos audiovisuales. Más tarde, cuando llegaron los finales del primer cuatrimestre, me reencontré, al compartir pantalla en mesas de exámenes, con mis colegas con quienes ya no me cruzaba en los pasillos, ni a través de los vidrios del aula del ISO.

Terminó el cuatrimestre y fue satisfactorio, llevó tiempo, trabajo, pero logramos dar clases, que los alumnos se puedan adecuar a las nuevas modalidades que implica lo virtual, tener finales a través de una cámara. Fue mérito y esfuerzo de todos: Estudiantes, Directivos y Profesores.

Cuando llegó el segundo cuatrimestre se me presentó un nuevo desafío, reemplazar a un colega y preparar por primera vez una nueva materia. Con la experiencia del primer cuatrimestre elaboro mi estrategia, mi programa y mi modalidad de dar clases

nuevamente, pido prender cámaras, muteo micrófonos en vez de pedir silencio en un aula.

Decidí que lo mejor era armar las clases de forma mixta, subir material al campus y tener encuentros quincenales con los alumnos a través de la plataforma meet. De esa forma logré tener más *feedback* con los alumnos, otro tipo de relación que se asemejaba a lo que estaba acostumbrado en el aula y sin dudas me ayudó a sentirme más suelto para dar por primera vez una materia.

Hoy, con la ayuda y el apoyo de todos, me siento confiado y sin incertidumbres ante la llegada de las nuevas mesas de exámenes. Hoy todo es distinto, las clases, las aulas, los finales. Lo que sigue siendo igual es mi compromiso como docente.

Tiempo de casete

Autora: Karina Cecilia Herrera

Docente de la carrera: Tecnicatura Superior en Enfermería

Espacios curriculares a cargo durante el año 2020: Epidemiología, Cuidados Domiciliarios, Bioética Profesional.

Me levanto y desayuno con pausa, sintiendo el aroma del té con jengibre y miel, el calor del sol que entra por el ventanal, mientras leo y escucho el cantar de algunos pájaros. Disfruto, extrañas mañanas. En días laborables habitualmente no suelo desayunar en casa. Aunque prepare mi infusión, esta queda intacta sobre la mesa, salgo apurada a la escuela, esto me pone alerta, porque los pensamientos me invaden, muchas veces siento la incertidumbre de que ya no da para más, necesito de esa rutina de viaje, ver personas que me retroalimentan, porque así es para mí la vida...estoy en cámara lenta y me pregunto— *¿qué me pasa?* Sentimientos de desconcierto me invaden, como también la calma (gracias a mis prácticas de meditación que hice con más énfasis en este tiempo).

Muchas veces me preparo, como solía hacer cada vez que debía ir a dar las clases, porque me ayuda a llevar la situación, pero no puedo dejar de ser ajena a las realidades que creo que también les ocurren a los estudiantes. En eso miro mi agenda y tengo cuatro zoom diferentes, paso de una institución a otra, de un curso a curso, respetando los tiempos como creo lo haría en la presencialidad; sin embargo, ¿por qué siento que agota mucho más la virtualidad? Porque para mí adaptarme a la tecnología también fue un desafío.

Llegan los estudiantes a la sala de espera, están ahí esperando la admisión y otros entran tarde, como cuando llegan después de empezada la clase, otros van y vienen (la justificación, que la considero muy igual a la mía: la conexión del wifi tiene sus días). No veo muchas caras, ni muchas voces, como un meme que me compartieron, la clase parece algunos días una sesión de espiritismo (como esa que vi en mi niñez de los espíritus chocarreros) los contenidos pasan a ser los esenciales, porque muchas veces esto debe recortarse para dar lugar al tiempo disponible, hay situaciones en la presencialidad en las que nos extendemos con anécdotas personales y el espejo no solo es la imagen que refleja una pantalla; las consignas se expanden por los grupos de

whatsapp, moodle, edmodo (todo esto dependiendo la institución), sumado a que no siempre están todos los estudiantes, por lo que hay cosas que se repiten más que de costumbre.

Nunca tuve tantos contactos en mi celular personal, nunca generé tantos correos ni corregí tantos trabajos prácticos. Nunca había mostrado por una pantalla la intimidad de mis contenidos, esos que antes quedaban en la oralidad o en explicaciones en el pizarrón y hoy aparecen grabadas en videos que se difunden por internet. Esas grabaciones que tuvimos que empezar a hacer como docentes y que me recuerdan a cuando pasaban las canciones que me gustaban en la radio y teníamos que apretar los botones justo cuando empezaban para poder grabarlas en el casete.

También están los espacios y situaciones del hogar de los estudiantes que nunca imaginé ver o escuchar, situaciones que hacen a su intimidad. Solo la pandemia es la respuesta... y eso que creía haber visto de todo en la realidad hospitalaria.

La virtualidad me hizo reinventarme así como llenarme de preguntas, ¿será que estos jóvenes, futuros profesionales, lograrán el objetivo? ¿Les está llegando todo lo que planifico de la forma en que lo pienso, para que se gradúen, aprendan y adquieran los valores que resultan tan importantes en esta carrera humana que eligieron?

Y por suerte, al final de una clase virtual llegan mensajes como - ¡Gracias profe! ¡Hoy gustó mucho la clase! ¡Qué bueno, es muy lindo este tema....gracias! y esa realidad me hace sentir Paz, eso que busco como parte de mi día a día.

Llegando al final... De tramas y relatos

Un relato es la expresión sostenida de nuestra necesidad sostenida de compartir experiencias, dolores, alegrías, asombros. Relatos que nuestras bocas depositan en oídos ajenos intentando agregar sentido al gran relato del mundo.

María Teresa Andruetto

Si hay algo que extrañé y me hizo verdadera falta este año fueron los encuentros cotidianos e informales con compañeras, compañeros y con estudiantes. Ese tiempo no apurado donde pasan las cosas insignificantes, esos mates con cremona, ese encuentro en el pasillo. Las conversaciones sobre nimiedades y los debates espontáneos. Creo que la distancia ha hecho que nos ajustemos, quizás demasiado, al reloj y las agendas y que perdamos algo de lo que ocurre cuando el tiempo transcurre en un espacio común y compartido, cuando no están pasando, en espacios paralelos, otras tantas cosas a las que estamos tan conectados como a la pantalla frente a nuestros ojos (hijos haciendo la tarea en la mesa del living, concubinos teniendo una reunión por zoom en la habitación contigua, verduras haciéndose al vapor en la cocina...).

Es ese tiempo y espacio común, que suele ser escenario de reflexiones fugaces y espontáneas sobre nuestra práctica cotidiana, sobre el problema de una estudiante, sobre el uso de un recurso o las dificultades en un examen. Nos han faltado, realmente, espacios y tiempos para conversar, sin el apuro de la urgencia, sobre todas esas cosas que nos pasan al enseñar, especialmente ahora, en este extraño contexto: sobre la incomodidad de los silencios, la vergonzosa intimidad que se asoma en las pantallas, la caótica nueva organización de nuestra vida familiar y laboral. Siempre nos hacen falta esos espacios pero este año se ha hecho aún más notoria la necesidad de poner en común las experiencias y el modo que cada uno y cada una encontró para afrontar y transitar este desafío inédito, novedoso e inquietante. Una ocasión para preguntarnos junto a otro u otra: ¿cómo seguimos enseñando?

Al leer los relatos que conforman esta publicación creo que se ha logrado recuperar la ocasión para ese encuentro. Un encuentro que habilita la cercanía afectuosa y la satisfacción de la tarea compartida, la posibilidad de aprender (como antes nos leíamos el rostro), de mirarnos y reconocernos. En cierto modo esta publicación logró restituir la

calidez del encuentro humano para recordarnos que a pesar de la distancia, somos parte de una experiencia común.

Estos relatos nos devuelven el rastro de los otros, el registro de las emociones ajenas, la posibilidad de conmovernos con las historias que suceden en paralelo a las nuestras y de las que percibimos sólo destellos apresurados.

En una conferencia que tuve la suerte de escuchar, por casualidad, mientras preparábamos esta publicación, María Teresa Andruetto² reflexiona sobre las metáforas vinculadas a la costura que se suelen utilizar para referirnos a la escritura y las narraciones: se habla de nudos, puntos, trama, desenlaces, enlaces. Justamente la metáfora que se había elegido para ilustrar la tapa de esta publicación. Se trata de una analogía sugerente y significativa que nos habla de una cualidad que comparten la escritura y el tejido: la capacidad de unir, de sostener y de preservar en el tiempo. Esto me hace pensar en el enorme valor de estos relatos, estas escrituras que se hicieron en lo que, probablemente, haya sido un suspiro entre configuración de entregas en el campus, correcciones de trabajos prácticos, encuentros sincrónicos y mesas de examen. Escrituras que han logrado atrapar algo de la experiencia vertiginosa de este año caótico antes de que se nos escurra entre las manos.

En esta misma conferencia, Andruetto también habla del poder curativo de la narración. Señala incluso que hoy en día se estudia en pediatría el valor de la palabra del paciente en el proceso de la cura, que la posibilidad de narrar es una cuestión de supervivencia que responde a una necesidad muy básica de los seres humanos por mantenernos unidos a otros. *“El relato nos permite recibir como soportable, lo insoportable. Lo ha hecho la humanidad, desde el comienzo de los tiempos y seguimos haciéndolo nosotros, lo hacemos para nosotros, para otros y con otros, para vislumbrar algo de otro orden que permita alguna forma de permanencia y alguna forma de resistencia, algo que convierta lo innominado, lo ominoso o lo insoportablemente real en una ficción que no deje de piedra a quien lo recibe, en una ficción que nos haga ver.”*

Al narrar nos construimos y reconstruimos a nosotros mismos. Al contar nuestra experiencia, al construir un relato sobre lo que somos, nos transformamos. ¿Somos lo que somos o somos el relato que construimos sobre nosotros? *“Relatos y más relatos, provenientes de los libros y de las bocas, nos han formado desde el comienzo de la vida*

² "El oficio de narrar" en el marco de las III Jornadas Nacionales de Formación Docente del INFOD. Se puede ver en: <https://youtu.be/bTiGgjs7SSM>

de cada uno de nosotros y también desde el comienzo de los tiempos, tanto que podríamos decir que somos lo que nos han contado.”

Estoy convencida de que la escritura y la lectura de estas narraciones en primera persona, que recogen lo mejor y lo peor de nuestra experiencia en un contexto que ha sido confuso, desordenado, caótico, que visibilizan sentimientos y percepciones que solemos atesorar en nuestra intimidad, nos permitirán resignificar todo lo que vivimos durante este año y que ahora rememoramos con cierto alivio.

Sin dudas, nos permitirá también construir nuevos sentidos que orientarán nuestras prácticas futuras, las que desarrollemos de ahora en adelante en cualquier contexto, con pandemia o sin ella.

Agustina Gallino